

la inefable claridad de Atenas, que en Roma el Capitolio; pero aquí estaba el centro del mundo y, sin Roma, Grecia no hubiera realizado su destino histórico. España, las Galias, los pueblos dominados por Roma, recibieron, con penetración más o menos perdurable y profunda, no una civilización exclusivamente romana, sino greco-latina, y no hubieran podido recibir una civilización directa y exclusivamente helénica. De nosotros a Grecia hay que pasar por Roma. Por lo demás, no es demasiado indiferente o despreciable la compañía, en buena parte del camino, de Séneca, Cicerón y Virgilio. Dante bien lo sabe.

Desde el punto de vista de las inhumanas crueldades de la organización social de Roma, que con justicia sublevan al señor Vasconcelos, la regresión o la antítesis tampoco existen radicalmente, respecto de la organización social de Grecia. El mal era consustancial al paganismo y no debía iniciarse su curación sino con el advenimiento justiciero, nivelador y caritativo del Ideal Cristiano. Aun prescindiendo de la aristocrática ferocidad del cuartel lacedemonio—Esparta—no puede desconocerse que Dracones y Espartacos son tipos comunes a ambas civilizaciones y que la envenenada querrela de los eupátridas y el demos no es precisamente un cuadro idílico junto a la vieja lucha de patricios y plebeyos. En cuanto al monumento pesado, pero grandioso del Derecho Romano, es una de las más bellas ruinas del mundo antiguo. Es un progreso y una elevación espiritual, dentro de su función propia, sobre Grecia, aunque sobrepasado ulteriormente y en gran medida por el Derecho Cristiano. Ahora nos hace la impresión de una rígida estructura de fórmulas muertas; pero es que toda organización jurídica positiva, constituye esencialmente coacción, marco y cauce de una corriente determinada de vida social. La corriente llega a variar de dirección y de forma y abandona el viejo acueducto en un recodo distante de historia o de olvido. ¿Por qué habríamos de repudiar de la civilización antigua una noble realización de inteligencia y de ética social para adorar exclusivamente una supremacía estética, la de Grecia; que, por lo demás, tuvo un culto y una descendencia—puente espiritual para Europa—en Roma? El espíritu no es restricción, sino plenitud, ansiedad abierta a todas las formas de perfección.

De esta suerte, no es una herejía ideológica o histórica, ni mucho menos, considerar hermanados en el concepto actual del genio latino la inspiración, el culto de la belleza, el sentido de la armonía, de la vida flexible y son-

riente, de la proporción y de la forma—herencia helénica—con la claridad, la disciplina espiritual y la poderosa virtud de proselitismo y de expansión de los romanos.

\* \*

Una condenación ardiente de la despiadada iniquidad social e «internacional» de Roma pagana—insistimos en que no fué Roma el único reo, sino el más visible por más fuerte—no implica de ninguna manera la condenación del espíritu de disciplina y jerarquía—cimiento de su grandeza y rasgo decisivo de su fisonomía—cuyo progresivo debilitamiento fué precisamente determinando la pérdida de las viejas libertades, la fuga de las originarias virtudes cívicas, la espléndida putrefacción universal hasta transformarse la antigua república aristocrática en la brillante abyección—a los pies de un monstruoso despotismo—del Imperio.

La disciplina y las jerarquías son el principio de consistencia y de grandeza de los pueblos. Constituyen una necesidad biológica. Significan diferenciación, equilibrio funcional, y, en consecuencia, dinamismo y progreso. A la constitución de todo despotismo precede un trabajo de nivelación—aplastamiento—y de relajamiento de las disciplinas: entonces el abuso del poder no encuentra frenos ni resistencias. Pero, suprimidas, no tardan en reconstruirse, si se quiere bajo nuevas formas: su necesidad se impone. Todas las civilizaciones y todas las patrias se han asentado sobre una estructura disciplinaria y jerárquica cuyas inhibiciones son momentos de tránsito, crisis pasajeras, paréntesis que no tardan en cerrarse. Grecia no contradujo el principio. Renegar del latinismo como disciplina y jerarquía, pudiera conducirnos a renegar de la historia, del universo, de la vida.

Es concepto fundamentalmente equivocado el del Cristianismo como reacción de la libertad contra la disciplina. Es ciertamente libertad; pero también, y sustancialmente, disciplina. Más todavía: es libertad porque es disciplina. Hay mayor libertad donde hay mayor capacidad de realización personal, y la personalidad más fuerte es la más disciplinada. Indisciplina significa distensión, relajamiento, flojedad. Disciplina significa acumulación de fuerza, virtualidad impulsiva, vigor siempre despierto. El estanque, hoy vacío, perdió sus aguas en un pasajero borboteo que luego fué pantano, inacción, nada. La corriente vivaz, presa en la opresión del cauce, es, llegado su momento, torrente incontrastable, y sometida al rigor de nuevos márgenes, conserva indefinidamente su poder latente. La dis-

ciplina ha hecho los santos y los héroes, la libertad y la relativa perfección humanas. Con recios cinceles de disciplina labra el Cristianismo al hombre interior en un perpetuo vencimiento, y esta actitud trasciende al orden social como aceptación libre y sincera de sus normas, instituciones y principios racionales, y como resistencia irreductible a todo linaje de injusticias. Disciplinando al mundo, el Cristianismo lo organizó y lo hizo libre.

No es verdad que Roma tomó al Cristianismo «y lo volvió liturgia, boato papal y organización mundana». Liturgia tenía que ser siempre: homenaje total, del espíritu y del cuerpo, a Dios. Liturgia fué ya en las catacumbas, cuando la barbarie imperial y plebeya bebía su sangre insaciablemente. Después su ofrenda pudo ser más suntuosa y lo fué, embelleciendo al mismo tiempo al mundo. Papal fué desde el primer momento de su vida y tenía que seguir siéndolo por mandamiento divino y aun por supremos motivos humanos: el Papado ha sido su columna vertebral, su cimiento, su vida. De la necesidad que en el mundo tiene toda potestad de revestirse de dignidad exterior, la culpa recae no sobre el Papado, sino sobre la naturaleza humana y, por lo demás, al mecenazgo y a la obra civilizadora del Pontificado debemos tesoros de belleza y de cultura que sería inicuo ignorar. Miguel Angel, Rafael, Bramante, son unos cuantos nombres. Tenía también que invadir al mundo, tenía que estar en todas partes, porque a eso vino: a ser doctrina y organización universal, a no ser extraño a nada, a ser norma, vida, sentido y supremo determinante de todo. Y esto no lo heredó de Roma. Cuando, reconociendo en el Cristianismo al menos un alto ideal de perfección, se le quiere reducir a confusión doctrinal, a dispersión anárquica de sistemas individuales, a masa amorfa y descoyuntada sin organización, sin jerarquía, sin unidad; a religión sin culto, sin calor, sin emoción, sin luz; cuando se pretende no encontrar belleza, grandeza y espíritu genuino sino en su vida de las catacumbas y del Circo, de donde se quisiera que nunca hubiera salido—sino a lo más para ocupar puestos de segundo orden entre el personal de las leproserías o para encerrarse en un «fuero interno» mudo, medroso y parálítico—se le desconoce en lo absoluto o se le odia innoblemente, o ambas cosas a la vez. Desde este punto de vista, es más lógico el grito de odio y de dolor con que France y otros lloraron sobre el cadáver de la belleza pagana coronado de pámpanos y rosas. ¡No! Roma no corrom-